UNA LENTA SORPRESA

POR

FELIX GRANDE

«Yo no soy más que mi barba... y el brazo que me falta.»

VALLE-INCLÁN

NO

Aquí no volveré jamás. Aquí he sufrido;
aquí he sufrido sin que nadie se beneficie.
Aquí sufrí y ha sido igual que una mortaja
ensuciando mis horas, mis semanas, mis meses,
pervirtiendo mi corazón. No volveré.
Si a esos muros, si a esas imágenes
logra olvidarlas mi sereno rencor,
si ese vómito de sufrimiento estéril
se desprende algún día de mi memoria
todo eso morirá; deseo su muerte. Que desaparezca.
Nada creció, nadie creció con este insomnio inútil;
no quiero, pues, acreditarlo. Me voy de este lugar,
me alejo de esta circunstancia; y para siempre.
Y no haré una elegía, pues si sublimo ese dolor,
ese dolor bastardo, tendría después que despreciarme.
Me retiro de aquí; me voy, untando orgullo
en ese fracaso de plomo y sin sentido; aplico en él
una pomada de coraje. Perdí tiempo y sosiego,
tal vez salud; pero mi lucidez es mía.
Si existen sufrimientos que enriquecen la vida,
la propia vida o la de otros, éste no tuvo
tales prerrogativas, fue un dolor ilegítimo,
conservarlo sería cobarde o vergonzoso:
la nostalgia merece algo más verdadero.
Muros, gestos, imágenes, situación que menciono,
quedaos ahí; yo me incorporo y me destierro.
La renuncia a un dolor indecente es también el respeto
debido a nuestra libertad. Adiós, barrotes,

me llevo la pasión del sol; os dejo uno que fui
y al que ahora asfixio: ese cadáver.
Si vuelvo alguna vez, que me escupan aquellos
fraternos, luminosos, que viven y que mueren por algo.

UNA LENTA SORPRESA

A José Alberto Santiago

El más tranquilo, el más equilibrado de los hombres,
aquel en cuyo corazón sin cesar se acumula
el callado deseo de no herir ni mentir;
aquel que sabe despreciar únicamente a repentinas bocanadas
y que sabe admirar con constancia, advertido
de que otros seres antes que él removieron la tierra
para que él siembre ahora, si algún grano ha logrado construir;
aquel que ama a su calle al menos tanto como al mundo,
aquel que sólo mira de frente y que no teme ser mirado,
el más tranquilo, el más equilibrado de los hombres.

Al más tranquilo, al más equilibrado de los hombres
le sucede en alguna madrugada que despierta perplejo:
entre las sombras de su cuarto, como una laboriosa carcoma,
suena la mala música de la desilusión; piensa en su vida
y no es preciso que le vea hondas grietas
para considerarla insuficiente, extraña, un poco ajena;
su porvenir, acaso demasiado cercano ya; su esfuerzo,
como al papel carbón, de espaldas o con un rostro vago;
sus años, los que ya ha consumido, se le muestran huyendo
como un inexorable derrame de bueyes por la pradera inmensa.

La tentación de admitir que equivocó el camino
rápidamente es desechada: él es lo que eligió y mantiene
no lo que en otros le produzca envidia o desazón;
él es la imperfección que aún queda en su proyecto
y el resultado de su actividad; él es lo comprobable,
lo que los otros, ni complacientes ni escatimadores,
sino ecuánimes, matemáticos, adviertan que reúne.
Fuera, pues, esa nostalgia gratuita de haber vivido de otro modo.

Mas no basta. Hay veces que esa fidelidad no basta:
ahora la tensa noche, esta oscuridad enigmática,
lo disuelve, le deja cenizas propias por entre las sábanas;
y un delgado sonido de fracaso le transita, buscando
su equilibrado corazón. ¿A quién culpar? La vida
gasta a todos, fatiga a todos, envejece a todos:
nadie que pueda haberle herido es responsable de esta madrugada.
¿Adónde ir? Los años y las noches
se suceden en todas partes, y allí donde él arribe
llevará su maleta o su traje o su piel, y sus canas;
pues este sentimiento no es reflejo de países
que pisa el hombre: está en el hombre alguna vez,
en su sustancia; no es paisaje.

Esa mañana se viste despacio, cubriendo una tras otra
las zonas de ese cuerpo de que dispone; abrocha
los botones de un modo minucioso y cortés;
y va a la calle y mira los muros, esos cobijos de su especie,
y oye los ruidos que el trabajo desgrana en la ciudad,
los motores, las puertas, el pregón obstinado, las voces,
y ve hombres y mujeres; y, viéndolos, advierte a los que ve,
calcula a los restantes, sus vidas, sus noches, su trabajo;
y los ama con una desesperada parsimonia, sintiendo
que podría llamar padre o hijo a cada uno;
y sigue caminando solitario, cansado, deseando
lo mejor para todos desde su atormentada calavera vencida.

PAISAJE

Después de tanta lluvia, tan buena para el campo,
se abre el buen tiempo como un portalón familiar.
Quien haya conocido las llanuras, ahora puede
sonreír imaginando esos verdes que nacen en las tierras.

Nieve de las montañas se derrama a los valles
a mojar las azadas de campesinos silenciosos;
el tren, contra el azul del cielo, será hoy
visible en la distancia, claro por entre el aire limpio.

También en la ciudad se advierte el nuevo corazón;
durante un mes, las calles anegadas en lluvia
languidecían en su desuso: puertas cerradas,
ventanas cerradas, rostros insistentes entre visillos.

Ahora cada calle, en el atardecer,
se parece a una casa de pueblo donde hay boda:
se sonríe y se susurra, mientras los vendedores
de pequeñeces se asoman para hacer su leve negocio.

¿Por qué tú no has bajado a las calles? ¿Qué lianas
te han enredado en la selva de tu cuarto?
El viaje que tu pobre cabeza hiciera en este
mes de honda lluvia, ¿es, por desgracia, irreversible?

Desconfía también de tu angustia, pues aunque tú te encierres
sabes que toda la región se remoza con las lluvias de abril,
y eso no te es indiferente; en verdad, te emociona.
Mantén esa desconfianza como una ilusión mientras vivas.

UN POCO DE MISERIA

Hay seres cuya vida se asemeja
a la de esa polvorienta y modesta bombilla
del cuarto inhabitado de la casa:
de vez en vez un fogonazo, un breve
resurgir amarillo acordonado de fatiga
y de nuevo el silencio y el olvido y lo oscuro.

Ella consume el tiempo
entre arrumbados trastos y maletas deformes,
cacharros cuarteados, abandono, pobreza;
vierte de tarde en tarde su sonrisa condicionada
y luego, igual que un objeto en las aguas, se hunde.

Hay seres cenicientos, que viven poco, como
las bombillas de esos rincones; pacen
el pasto macilento de la mala fortuna,
se estremecen alguna vez, viven alguna vez,

se apagan en seguida, a manera de decapitación,
y se van desusando despacio
entre un fraude apacible, lacónico, sombrío.

Miserables, consumen
su lento almuerzo, su infinita cena
y tras un fogonazo postrero se funden entre canas.

CIRCO POBRE

A Enrique Gran

Subí por la escalera miserable
como por un montón de escombros de destino;
asir el pasamanos deshilachado
era como auscultar un viejo rostro
en donde los años se enfrían.
Arriba, en la azotea en que el bloque,
derrengado, concluye,
el estudio callado de Gran emerge solitario
—pensé que, al caer la noche,
la nieve o la luna deben colgarse por sus muros
como un anonimato centenario
o una mano de espacio misteriosa y bovina—.

Cohibido en su energía, óseo,
el artista me muestra los desgarrones de su realidad,
las costuras patéticas de su esperanza.
Veo manchas geológicas, madejas metálicas de líneas,
rojos mate como rastros de una sangre apesadumbrada.
Entre el aparato de radio y el caballete oscuro,
aneas, flores marchitas, alambre y un fragmento de la pared
componen un altar protervo
en homenaje de una suicida mejicana.

Regreso a su trabajo. Son metáforas
de una vasta catástrofe acuciada de compasión;
los colores se abrazan desvalidos
entre arañazos de necesidad. Ahora
me habla de su emoción ante César Vallejo,

y como alucinado con sordina, alza los brazos recitando
aquel sillón de dinástico cuero. Mutuos,
agradeciéndonos que ese genio existiera,
memoramos absortos aquella caverna de saber.

Vietnam, dice. Y advierto que el vocablo
se le despega de la boca como un parche poroso.
Miro su rostro pétreo, calizo, herido en gestos:
los seres conflictivos y al mismo tiempo emocionados
siempre me sobrecogen. Ahora se adhiere
hacia la oreja de Van Gogh, se agita,
busca cuadros con el cráneo y las manos,
y así compruebo gota a gota hasta dónde la realidad,
el miedo, la ilusión y sus lienzos son tan inseparables
como los goznes y la puerta. El pintor,
acosado por su jauría de proyectos tumultuosos,
sonríe, explica, va y viene —ah, cómo lo fatiga,
cómo lo fatiga la nada.

Vi allí emoción y espanto, como en un circo pobre.
Vi tensa libertad y vaho ecuménico.
Vi al realismo su calavera, en cuyas ambas cuencas
oscilaban dos amarillos lagrimones
semejantes a dos bíceps temblando.
Vi un artista y su costra internacional.
Vi una imagen del mundo.

Eso fue lo que vi en el estudio estricto
situado en el final de la casa desfallecida.

LA GUARIDA

A José María Guelbenzu

El empujado viene por la calle;
viene asustado, descompuesto, viene
con angustia y sin norte, pensativo;
trae infinitas ganas de dormir.

Es joven, pero el siglo
joven y viejo que lo integra,

el siglo que incrementa
la fuerza ciega de su propia infancia
con heredadas artimañas antiguas,
le empuja, le convierte su edad en empujada:
la miseria del pensamiento, los harapos
del humanismo que ama,
la falta circular de horizonte
en donde repostar
un poco de ansia de vivir,
el cinismo dictando
desde los gubernamentales impresos poderosos,
el sufrimiento nuclear,
la vasta horda de amenaza,
no saber ya si vivirán los nietos
de sus amigos, el bestial hachazo
cercenando la idea del continuo existir...

Sube las escaleras, entra en casa;
el empujado busca el lecho y se extiende;
se agita solitario; es inútil:
también lo fatiga el reposo.

Se levanta, recorre fantasmal el pasillo;
otea sus adormecidas posesiones:
cartas, libros, el vago temblor de su pasado
y su presente, aún ambos sin soldar,
y la sabiduría escrita de unos hombres
que se pudren ha siglos, germinando
en las frentes de un resumen amenazado.

Mira su hijo. Vuelve el rostro
a la pared. Enciende un cigarrillo.
Pone en el tocadiscos a Beethoven
y se desploma en un sillón; piensa
mientras escucha tanta magia humana
que con su acto reduce esa grandeza
a simple, triste, lamentable consuelo.

Es joven, por llamarle de algún modo
a su edad misteriosa, extraña. El empujado
hace tiempo que cede al cerco
llamándose cobarde, amando la existencia
desesperada y lentamente, hecho pedazos,

encaneciendo, rascándose la costra de una culpa
que aún no ha admitido.
Hoy viene
mojado del diluvio ardiente
de la prensa diaria,
y oye la música del genio
entre una atroz neurosis
y la violenta lucidez del miedo. Mira
otra vez a su hijo, el espejo, sus manos,
mas no sabe llorar, ni quiere: es el orgullo
de una útil impudicia que hace tiempo olvidó.

El empujado, frente a su ventana,
se revuelve en su asiento
viendo el fundido de la tarde en sombra
y apurando vehemente su desolado cigarrillo.

EN EL FONDO DEL VASO

A veces sois amigos de un monstruo.

Ocurre que ese camarada
que no rehuyó jamás vuestros conflictos,
ese cálido semejante que no excusó su intimidad
(alguna vez os habló de su propia angustia
fraternalmente, con un tono
a la vez cotidiano y protervo, en donde
creísteis oír el famoso rumor de la amistad,
el rumor mineral de la vida, el son de las entrañas);
ese joven que de algún modo os avalaba
(algún favor que os hizo fue peligroso para él)
y de algún modo era avalado por vosotros
mediante igual procedimiento
—daba o pedía con igual semblante—;
aquel en quien no era difícil confiar
puesto que su proyecto parecía no ser otro
que un combate callado hacia la madurez;
en fin, ese muchacho no enteramente despreciable;

a veces, sin embargo,
a ese entrañable, a ese entrañado,
se le desgajan las raíces, siente
mortal deseo de huir, abandonar
su casa, su mujer, su proyecto; abandonaros;
aferrar pasarelas de buques,
antebrazos de hembras lejanas,
vasos de alcohol. O dicho de otro modo:
necesita encontrar una expresión
para los posos del vaso que apura.

En instantes así, vuestro amigo de hace años
os es desconocido, es decir, monstruoso.
En instantes así, la verdad que construye
con vosotros, acto tras acto, se le reaparece
con el esplendor agrio de la farsa.

La libertad, ¿consiste
en resistir a esas tormentas
pensando desesperadamente que son una mentira?
La libertad, ¿consiste en apartar esos estímulos
como quien se aprieta una herida para expulsar la pus?
La libertad, ¿consiste en asirse a los goznes
como una puerta violentada por el crudo huracán
y decirse obstinadamente:
«esa ventisca no me constituye,
soy de aquí, de la casa, del quicio»?

¿O bien, ocurre que vosotros, los míos,
y lo que para ser vuestro realizo,
sois mi cobijo, mi guarida,
y la intemperie me produce horror,
y así, al quedarme, no sería un hombre libre,
sino un hombre cobarde, o doméstico?
¿O que, escéptico, piense
que el huracán me llevaría a otra rada
donde, con otros rostros,
vosotros y mi vida habitual comenzaríais de nuevo,
de modo que el cercén de la huida
ya no sería sino un reencuentro envejecido?
Si ello es así, quedarme, ¿es libertad o astucia?

A veces sois amigos de un monstruo.

FOTOGRAFIA CON JUAN ALCAIDE Y EL VIEJO FILLOL

A Jorge Fresno

Fillol, aquel «Beethoven de castiza sordera»,
derrama y canaliza la ilustre desventura del flamenco;
a pausas agoniza la línea melódica mientras que los bordones
se anudan, como los seres, para crear y para morir.

¿De qué maderas era su guitarra? (Aún recuerdo
una falseta suya, por soleá, terrible).
Viejo Fillol, que aulla y medita con las manos,
haciendo música, desmantelado y laborioso.

La tarde cubre de oro a Valdepeñas, la hace
misteriosa. La noche enciende las bombillas
a cuya luz exánime el grupo silencioso
amarillea como una fotografía; recordado hoy, parece

la mezcla de dos mundos. Fillol arpegia y pica,
levanta los tejados del diapasón y muestra
el interior de la guitarra; allí pululan
las emociones, hierven las arterias del sufrimiento.

Y todos, redorados de luz nocturna, caudalosos,
presos y mágicos, sincronizados, torpemente infinitos,
con la «cinta» de vino en suspenso, examinan
el universo a través de un poco de música gitana.

Veraz y horrible debió ser aquella presión
para que hoy la sintamos quienes no la vivimos entonces;
llega amenazadora y sin cicatrizar, como la vida;
se diría que aquel lugar anda ambulante por el tiempo.

Jun Alcaide escuchaba como los otros. Luego,
murió Fillol, y Juan amordazó su espanto
en un poema que ardía aún de música. Después,
también él se adentro bajo la tierra, y el lugar sonoro

se vaciaba... Conservamos en unos versos
la fuerza de aquellas reuniones. Y ahora, pobres de nosotros,
cuando murmulla una guitarra advertimos la acción de los siglos
y la emoción calenturienta de los seres humanos que se van.

FÉLIX GRANDE
Alenza, 8, 5.º C
MADRID-3